



## ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO

**Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires  
Centro de Estudios Filosóficos Eugenio Pucciarelli**

*ALEJANDRO KORN*<sup>1</sup>

**Francisco Romero**

La Universidad Nacional de La Plata me ha confiado el encargo de dar la última despedida a los restos del Dr. Alejandro Korn.

En ocasiones como la presente es lo acostumbrado que la piedad reemplace a la verdad estricta. Pero en este caso, ante el cuerpo inmóvil de Don Alejandro Korn, no es necesario cargar las tintas ni reforzar los perfiles; por el contrario, las parciales verdades que ahora digamos no alcanzarán ni de lejos a integrarse en un cuadro que refleje lo que fue, en su persona y en su vida, el maestro que hoy nos abandona.

En la filosofía argentina, la significación de Korn es excepcional y no admite comparaciones. La filosofía no se aprende, o, dicho más justamente, no se la puede comprender sino en la medida en que se la vive, en que se la lleva dentro. Don Alejandro Korn era filósofo por vocación, casi por instinto. La más humilde cuestión cotidiana, el hecho más menudo y transitorio, perdía cuando él lo examinaba su apariencia trivial, dejaba caer su envoltura anecdótica, y mostraba al desnudo el núcleo esencial y último. En Korn la filosofía era vida, destino; y a ella se entregó con esa fidelidad a la propia ley, a su propio

---

<sup>1</sup> Palabras pronunciadas en el sepelio de los restos de Alejandro Korn en nombre de la Universidad Nacional de La Plata. Cursos y conferencia. Publicadas en *Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores*, Año V, Numero 7, Volumen X, Octubre 1936, Buenos Aires.

destino, que da tan ejemplar unidad y tan alta dignidad a su existencia. Existencia en que a cada paso transparece y se realiza la verdad íntima; en que todo es autenticidad y coherencia.

Pierde la Universidad platense con el fallecimiento de Korn a uno de sus profesores más preclaros. Cuando tras largos años de docencia abandonó la cátedra, no se alejó por eso de la Universidad. Siguió íntimamente ligado a ella, la frecuentaba, se interesaba por todos los aspectos de la vida universitaria. En el Centro de Estudios Filosóficos, en un aula de la Facultad de Humanidades, le escuchábamos todavía hace muy poco, lo oíamos exponer con la claridad y vivacidad habituales en él. Aun nos parece que entre las cuatro paredes resuena el eco inolvidable de su voz. Quedará por siempre este eco resonando gravemente en el recinto de nuestros corazones, reiterando allí su lección -una lección cuyo sentido cabal no me siento capaz de abarcar en este momento.

Una personalidad tan rica y compleja como la de Don Alejandro Korn irradia de muy diversas maneras. Quienes no tuvieron la dicha de escuchar sus lecciones ni de tratarlo de cerca, verán en él al teórico, al hombre eminente por el saber y por las calidades de su pensamiento. Y basta con esto, con su obra escrita, para asegurarle un puesto importantísimo en nuestra cultura. Es indiscutiblemente entre nosotros el primer filósofo en el orden del tiempo y en el de la jerarquía, el primero que haya afrontado estos estudios con absoluta consagración a ellos con información amplísima, con disciplina rigurosa, con una originalidad potente. Sabía cuanto hay que saber, pero contribución original, auxiliada y sostenida sin duda por su erudición, no brotaba de ella. Surgía de los senos más escondidos de su alma, era como una corporización de su espíritu. Los que le conocíamos a fondo, sabíamos que su filosofía no hubiera podido ser distinta de como fue. Era la suya una filosofía de los valores -y fue su vida también una vida polarizada hacia los valores; era una filosofía de la libertad - y fue también su vida una ininterrumpida afirmación de libertad. Los que la estudien sin poder evocar la silueta del filósofo, admirarán en ella la sólida consistencia, la diafanidad, la referencia al dato seguro, el vuelo osado y prudente al mismo tiempo. Y sí son capaces de percibir la vibración humana bajo la palabra impresa, adivinarán al hombre de excepción que se responsabiliza de cada frase, que está todo él tras lo que dice.

Pero difícilmente puede alcanzar una noción ni siquiera aproximada de Korn quien no lo haya frecuentado. Lo más precioso que hubo en él sólo era perceptible en la aproximación. Era un espíritu robusto y exquisito. Practicaba la virtud más rara entre los hombres, acaso la de más subidos quilates: la bondad activa, enérgica, militante. Era para quien se le acercaba un estímulo, un sostén, por su capacidad de despertar en los demás las fuerzas dormidas, los resortes ocultos. Era un poderoso foco de espiritualidad, porque a la fina ductilidad de la inteligencia asociaba la inflexibilidad de la norma. Y por todo esto se le admiró y se le amó, y los que le rodeaban no podían separar nunca en su actitud hacia él la admiración del amor. Atraía con un peculiar magnetismo y era como un principio organizador que estimulaba la convivencia a su alrededor en una armonía de voluntades y de efectos. Amigos y discípulos se congregaban en torno suyo en sociedad respetuosa y cordial, en una especial manera de coincidencia que sólo se puede establecer cuando le sirve de centro una personalidad generosa y operante, de esas que saben hacer salir a la

superficie lo mejor de cada uno. Y por eso sus amigos fueron también amigos entre sí, como si la amistad de Don Alejandro fuera una contraseña que les permitiera reconocerse.

En la filosofía hay una vieja y gloriosa tradición de amistad. Alrededor de Don Alejandro Korn se ha repetido una vez más esta amistad en la filosofía, para unos cuantos, que se prolongaba para muchos más en una amistad en los intereses más amplios de la cultura y de la acción en vista del bien general. De sus labios se esperaba siempre una palabra clara y justa, una palabra profunda y verídica; y nunca decepcionaba. En esta ciudad, que tanto amó, que desde hoy lo pondrá en la lista de sus muertos insignes, la figura de Korn era atributo y decoro. Y no podremos hacer en adelante el recorrido de costumbre, bajo los tilos de la avenida, sin imaginarlo a nuestro lado como antes, sin evocar su figura prócer, su característica apostura, la marcha titubeante de los años postreros.

Para comprender a Korn habrá que insistir de continuo en estas dos palabras: personalidad, libertad. La personalidad fue en él magnífica, originalísima; los más diversos aspectos se complementaban y armonizaban, se fundían en admirable unidad. Ya me he referido a las dotes de la inteligencia y del corazón. Quiero agregar algo que habrá que decir después con más serenidad, y que ahora, en la urgencia y en la angustia del instante, sólo confusamente y en desorden podré enunciar, indicar apenas. Sabía Don Alejandro Korn que la amistad es una de las cosas mejores de la vida, y la cultivaba con afán y con elevación. Una especie de delicado pudor contenía en él el desborde del afecto, que por lo mismo se le sentía más puro y conmovido, más hondo y entrañable. No escatimaba a los amigos la verdad, aunque fuera dura, y precisamente por esto se le estimaba más, porque se sabía que su amistad no era complacencia cortés, sino adhesión y fidelidad. Y este rigor en la ternura, que era su actitud hacia los que sentía próximos, armoniza bien con su actitud para consigo mismo. Renunció a sabiendas a todo éxito fácil, hasta a halagos muy naturales y legítimos, por una especie de orgullosa modestia muy suya. Todos los que lo conocimos de cerca recordamos el gesto con que detenía cualquier tentativa de dar a su nombre y a su obra la publicidad que en estricto derecho le correspondía,

"Alejandro Korn -escribía yo en unas páginas sobre él publicadas hace unos meses- es todo él una estupenda afirmación de libertad interior, de autonomía. Ninguno de los recintos en los cuales se ha movido le ha podido aprisionar. Parece complacerse en triunfar de las limitaciones que para otros son como fatalidades. Y no se piense en un prurito de rebeldía, en una postura no-conformista adoptada de antemano, que sería a su vez una limitación. Es en él una manera de ser absolutamente espontánea e inmediata; es el modo natural de realizarse su espíritu. Médico, ha evitado todo resabio profesional, hasta el punto de que nadie podrá descubrir en su pensamiento el influjo de su formación primitiva; cosa rara en cualquier parte, y extraordinaria entre nosotros, donde la pedantería galénica adquiere a veces proporciones fabulosas. Profesor de filosofía, llegado a la cátedra por la vocación y el esfuerzo solitario, fustiga violentamente toda filosofía de cátedra y todo academicismo. De manera semejante rebasa cualquier frontera de casta, de grupo, de clase. Hasta parece violar las determinaciones biológicas, manteniendo, en la alta cumbre de los años, un ímpetu juvenil que se echa de menos en casi todos los hombres maduros y hasta en algunas adolescencias. Esta perenne juventud espiritual de Korn resume y compendia

aquellas otras maneras parciales de íntima independencia. Es como la reivindicación de la libertad, reiterada cada vez que otro año cumplido agrega un eslabón a la cadena forjada para esclavizarla. Es como el triunfo supremo del alma sobre la carne marchita-y sobre el mismo tiempo inexorable que muerde en ella".

Esto ha sido Don Alejandro Korn. Una maravillosa espiritualidad. Una prodigiosa manifestación del espíritu, la más plena y fuerte que nos haya sido dado contemplar de cerca. Su ejemplo y su influencia van mucho más allá de su obra escrita, más allá también de su enseñanza filosófica, con haber sido esta tan extensa y fecunda. En realidad, nunca podremos definir lo que fue y lo que le debemos, porque era ante todo una sorprendente encarnación del espíritu, que es por esencia infinitud y absoluto.

En representación de la Universidad Nacional de La Plata, rindo este último homenaje a un hombre que honró sus aulas y que ha reflejado sobre ella los prestigios de su dignidad.